

CUANDO LOS BUENOS DOMINARON LA TIERRA

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Cuando los buenos dominaron la Tierra

Cuesta mucho entender lo que pasa por la cabeza de una buena persona, sea hombre o mujer; el porqué se ha podido desviar del interesado proceder de los que somos normales y se empeña en hacer el bien a la Humanidad.

Qué fácil es juzgarlo desde nuestras confortables posiciones donde yo soy antes que los demás al haber nacido en familias adecuadamente estructuradas, sin que nos haya faltado de nada porque sabemos golpear con los codos en costillas ajenas, con tal de lograr nuestras metas.

Vamos al supermercado, y escondemos en el bolsillo un pintalabios, una lata de anchoa del Cantábrico, o un paquetito de hojas de afeitar..., para que la cajera no lo añada a la lista de nuestra compra. Nos han enseñado principios, unas bases sólidas de comportamientos razonables que nos hacen sentirnos a gusto con nosotros mismos, y eso es algo que cohesiona a la sociedad.

Y entonces, va, y nos topamos, pongamos por caso, con un hombre bueno, un descreído que nunca, ni de buena fe, ahorra unos euros de esa manera en que los seres humanos normales lo hacemos. Partimos de la base de que ahorrar es bueno y necesario, claro.

Él, no. Él..., con todo el descaro del mundo, saca todo lo que lleva en la cesta alardeando de una trasnochada nobleza, y lo deja sobre la cinta transportadora de la caja de modo que la cajera, obligada como está a desconfiar de lo que los demás sí habrán querido esconder y, acierta..., con éste no, con éste recela sin motivo ninguno que es lo peor que le puede pasar a alguien. Un ejercicio estéril, un gasto de energía inútil, tratando de averiguar qué oculta y dónde, para que no le salte la alarma..., y el tío resulta que es que es un honrado con total desfachatez.

Entonces... ¿para qué ponen las alarmas antirrobo los de las tiendas, eh...?, ¿para nada...? Otro gasto inútil que habrá que repercutir en los costes de explotación del negocio o actividad. Seamos serios, por favor. De vez en cuando, los propietarios necesitan saber que el aparatito funciona correctamente, que va a pitar cuando el perfume de Christian Dior que la señora de abrigo de pieles se llevaba oculto entre las tetas, por mucho que maliciosamente lo haya forrado con papel de aluminio albal. Eso sí es poner a prueba que los mecanismos defensivos de la sociedad, funcionan. Esa señora, sí le ha dado sentido a la inversión en

seguridad realizada por los propietarios.

Seguramente que sería el dueño el que se empeñó en ponerlo, valiera lo que valiera y que, su mujer..., que para qué gastarse tanto en esa chorrada del pito-no pito. Supongamos ahora que a la gente le diera por no ser normal y se convirtieran todos en honrados ciudadanos (el Señor no lo permita), donde aquí no robara ni Dios. ¿Qué pasaría? Pues que el vínculo matrimonial de los tenderos del ejemplo se quebraría porque, ella, no pararía de reprocharle que para qué coño se han gastado ese dineral en una maquineta que no detecta nada, y que seguro se les estarán llevando de todo porque la cajera ya ha perdido su fino olfato, su intuición femenina para desconfiar de todo quisqui, como era su obligación cuando la contrataron en los felices 90, época en que aún todo era tan manual. Sólo que la tendera no ha caído en la cuenta de que la maquineta no detecta nada..., pero porque no hay nada que detectar, que la gente se ha vuelto honrada. Desorientador, os lo juro. Ah..., los felices 90...

"No, señorita, que es sólo una erección involuntaria...", decía el cliente, excusándose ruborizado.

"¿Una erección...? A ver, bájese esos pantalones", le exigía la cajera sin contemplaciones, ni perder de vista el bultaco aquél que le deformaba la bragueta del vaquero.

Y como por encanto, bajo sus calzoncillos, aparecía una botella de Chivas Regal 12 years, que no sabía explicar cómo habría ido a parar hasta tan íntimo lugar. "Primera noticia, oiga, se lo juro", insistía el pobre hombre.

Pero, ahora, esa misma dependienta de tan fino olfato por aquél entonces, pues había engordado, parido tres niños, tenía muchos problemas en qué pensar y que, en todo caso, el aparatito ése que el dueño había colocado a pesar de su mujer (una raspa, todo hay que decirlo), ya se encargaba de rastrear los sensores adheridos hasta en las bolsas de pipas.

Bien, pues así está montada la sociedad para poder defenderse y que las personas normales tampoco se pasen. Pero te llega un hombre bueno..., y te jode el montaje.

"Odia la bondad, pero compadece al bondadoso", que deberíamos aplicar parafraseando a Concepción Arenal, en lugar de criticar a ese hombre que..., será bueno, no digo que no, pero es una persona humana a fin de cuentas. Y deberíamos pararnos a pensar qué le ha podido pasar para llegar hasta ese estado de desapego emocional con todos nosotros, el cuándo le falló la empatía: ése es el quid de la cuestión y a ello vamos,

a comprender al hombre bueno, al hombre..., distinto.

¿Alguien se ha parado pensar en lo poco que follan los hombres buenos, eh...? No claro, eso son cosas... triviales, carentes de valor. Pero follar, realza la autoestima del individuo que ejecuta ese acto, por muy breve que sea; creas vínculos emocionales con otras personas que se sienten atraídas por tus características físicas o morales.

Pero... ¿qué mujer dice...?: *"¡Ufff..., cómo me está poniendo la bondad de ese hombre, si es que me echan fuego las entrañas!"*. Pooócas..., para qué nos vamos a engañar. El hombre bueno es un apestado para ellas. Un ser imperfecto que transmitirá sus genes imperfectos a las siguientes generaciones, a través de unos espermatozoides sin rasmia, apáticos para llegar el primero hasta ese vellocino de oro hecho óvulo que les espera mientras ellos, allí, encaminándose todos hacia él educadamente, cediéndose el paso de forma muy cortés para no chocar unos con otros por obtener el premio, sin ese afán desenfrenado que les es totalmente desconocido.

Los buenos, tampoco obtienen subvenciones para nada porque siempre les parece mal el recibirlas, siendo que hay tantos pobres que se las merecen mucho más ya que esas personas, sí que estarán realmente necesitadas.

Ni tienen el agradecimiento de los empleados de la limpieza de calles, porque nunca tiren papeles al suelo. Es más: si ven algún papel, van, lo recogen, y lo llevan a la papelera más próxima pensando en el barrendero, pobre, que lleva desde las tantas de la mañana repasando aceras, plazas, y parques, como un Sísifo al que nunca se le acaba su trabajo. Y esos empleados se quejan, y con razón, de que no aumentan las plantillas con nuevos barrenderos por culpa de esos buenos que, de no existir, se acumularía mas suciedad en las calzadas, y los Ayuntamientos contratarían más personal para dejar todo como los chorros del oro, bajando, de esa forma, la tasa de desempleo.

Esto, lo... del desempleo, que es un auténtico quebradero de cabeza para los gobernantes..., y el hombre bueno va jodiendo las soluciones sencillas con las que reducirlo. Sin comentarios.

Pues como esto..., os podría contar mil cosas de los perjuicios que causan a la sociedad, los hombres buenos. Afortunadamente..., son minoría, así que tampoco hay que ponerse, ni en lo peor, ni en el alarmismo.

Estoy empleando siempre "hombre bueno". En las mujeres, también se da esa bondad, también, pero es... como más difusa. Las que no lo son, tampoco van mostrando su normalidad por ahí, ni hacen alarde de su natural maldad, con lo que parece que todas sean unas bondadosas con

tarifa plana: ni muy alta..., ni muy baja. Así que si se me permite, me centraré exclusivamente en el "hombre bueno".

Entonces..., si el hombre es malo por naturaleza... ¿de dónde sale el bueno, el primer hombre bueno, el que esparció su semilla sin excesivo éxito, de acuerdo, pero que ahí están esos pocos pero insistentes, tocando los huevos a la Humanidad?

"No, que ellos no tienen la culpa, pobres, por haber nacido en un familia extraña donde el padre, vaya Vd. a saber, igual trabajaba en banca y, la madre, de profesora de literatura en algún instituto público en una zona de clase media-alta de una ciudad de provincias...", como si tanta conjunción de circunstancias mediocres, tuviera como resultado forzoso que el niño aquél se torciera y lo que parecían actos pueriles sin importancia, derivaran en lo que derivaron..., a ver. Un día, regalaba a unos huérfanos un pastel relleno de merengue que le había comprado su padre por sacar buenas notas en plástica. En otra ocasión, ayudó a un ciego a cruzar una calle muy transitada, sin pasos de peatones, sorteando los veloces coches de los que volvían a sus casas tan contentos con los aguinaldos de empresa, porque era Nochebuena, mientras los transeúntes se deseaban los tradicionales "¡hala, ¿eh...?, a pasar buena noche!", si se encontraban con algún conocido o vecino, a pesar de ser Navidad.

Detalles nimios de que algo pernicioso se estaba gestando en el interior del muchacho, apuntando unas maneras poco convenientes si quería llegar a hacerse un hombre de provecho.

Tal vez si sus padres, ante estos primeros síntomas bondadosistas, lo hubieran llevado a un buen psicólogo, terapeuta, u orientador conductual, se podría haber recuperado y reinsertado en la sociedad, sin que se convirtiera en una amenaza para ella.

¿Fallaron los asistentes sociales...?; ¿no saltaron las alarmas de inspectores de Hacienda ante sus continuas limosnas parroquiales, o las de su comunidad de vecinos cuando, enternecido, les abrió la puerta de su casa a aquellos 15 homeless que dormían al raso porque el alcohol les había arruinado sus vidas...?

Sea como fuere, aquél hombre acabó totalmente bondadoso. Y muchos amigotes intentaron ayudarle al ver lo poco que follaba, entre otras alarmas. Bueno..., que no follaba en absoluto. Así que lo llevaron a puticlubs de entre lo más variado para que se estrenara y que, aunque fuera pagando, las mujeres aquéllas lo aceptaran en su seno. O, en ambos, llegado el caso.

Pero, siempre, una barrera de bondad le impedía consumir. Una vez que ellas habían cobrado y notado que el yo compasivo de ese hombre era insensible a sus feromonas de pago, ellas le empezaban a contar las

historias de sus tristes vidas, cómo habían llegado impulsadas por encontrar una vida mejor, cómo eran explotadas por sus proxenetas y que lo poco que les quedaba iba a parar a sus familias que se habían quedado en su país, esperando ese maná que su hija les mandaba y que era absorbido como una esponja insaciable.

Oírlas, y echarse a llorar abrazado a la chica de turno..., todo era uno. Así que salía tan inmaculado como había entrado, pero reconfortado por haber ayudado con su dinero..., a la muchacha, al proxeneta, y a la familia de Honduras, de Rusia, o de donde fuera.

"¿Qué..., qué...?", le preguntaban los amigos esperanzados en que habría alcanzado, por fin, la Gloria. Pero en cuanto le veían que sacaba el pañuelo plegado del bolsillo trasero de su pantalón con pinzas y raya perfectamente marcadas..., y que se enjuagaba los lagrimones con él..., se venían todos abajo.

¿Se puede volver uno, bueno, por vicio? ¿Es contagioso? Descartada esta posibilidad por vía sexual, ¿qué otras vías, de existir, podría haber? Porque siendo una minoría, "por imitación"... sería casi imposible.

Los psicólogos que lo trataron, no sabían por dónde meter mano al problema. "Se tendrá que quitar de fumar, por si fuera la nicotina", le decían a la desesperada. Pero, claro, como había sido bueno desde pequeño, pues tampoco nunca llegó a fumar. Así que quedó descartado también el tabaco, como causa.

Otro interrogante que se hacían todos con él, al tratarlo, era... ¿cómo había conseguido sobrevivir en un mundo hostil, siendo bueno, siendo honrado, siendo justo, siendo... así?

Es verdad que caminaba de puntillas por la vida, cuando todos los demás lo hacían marcando territorio en cada paso que daban, sonando sus pisadas a botas militares claveteadas con lo que el caminar de nuestro amigo era, sólo, un leve susurro de roces de algodón contra el suelo, que le hacía pasar desapercibido e invisible a los recelosos ojos de todos los que le rodeaban, quienes únicamente vigilaban al resto, a los otros malos, para protegerse.

Paseando en medio de un tiroteo, de una balacera..., él habría salido indemne por su ingenuo desconocimiento del peligro, y porque las balas sólo buscan a los que huyen, a los que se esconden o se resguardan agachados, y caminaría feliz sintiendo únicamente el apacible sol de esa mañana, los cánticos de los pájaros abriéndose paso entre el pim-pam-púm de las pistolas, y ese embriagador aroma a flores del parque, aderezado con un ligero toque picante a pólvora. Incomprensible.

Él, a pesar de su natural bondad que le empujaba a comprenderlo todo..., no entendía este mundo. Y empezó a rumiar... en cómo cambiarlo y hacer de la maldad normalizada, un pasado a olvidar. No sería tan difícil, pensó: si del carro de bueyes habíamos pasado al automóvil tan completo de nuestros días, y en menos de... 100 años..., ¿por qué no hacer lo mismo con esta nuestra imperfecta vida? La política: ésa era la clave.

Claro, lo primero sería dar a conocer un programa para pasar de lo normal, a lo bueno. Y en él, además del método a emplear, habría que definir qué era lo bueno a conquistar, y lo malo a desechar. Conectar con las minorías de buenos como él y agruparse para dirigir el cambio que la sociedad no sabía que sí necesitaba. De modo que también habría que enseñarle a la gente, a los normales, que aunque no desearan cambiar sus vidas para nada, pues que les era totalmente imprescindible. A fin de cuentas..., muchas cosas de las que ahora ya no podíamos prescindir, también la publicidad nos había convencido de sus ventajas, cuando todavía desconocíamos que las íbamos a necesitar. De las desventajas, nunca nos hablaban. No mostrándolas..., no existían. Sencillo. Así que, aquí, lo mismo: ese fin perseguido, el de un mundo casi perfecto, sí justificaría unos medios... imperfectos.

Poco a poco, el grupo de buenos fue creciendo, saliendo de sus guaridas al reclamo de una idea atractiva. A nuestro amigo, le parecía increíble que hubiera tantos que, aún siendo minoría, fueran como él. Gente normal que conocía, pues que no eran tales sino que sólo se habían adaptado camuflándose entre las mayorías para no sentirse invisibles.

Y otros, que venían de lejos a sumarse al proyecto desde lugares del lado opuesto del país, de ciudades cosmopolitas o pueblos desconocidos, presentándosele con toda su cruda bondad dispuestos a lo que hiciera falta por el cambio. No sabían muy bien cómo se hacía eso, en qué consistía, ni en qué devendría al no haberse intentado nunca. Un caos imprevisto de arremangados voluntariosos se apoderó de aquél escenario en donde todo estaba por hacer, por planificar. Labores ellas que precisaban de líderes de diferentes niveles y, en la cúspide, un jefe: El Jefe.

Nuestro amigo pensó, con razón, que al ser suya la idea inicial a la que todos los demás se habían adherido, pues que ese puesto era suyo. Pero las ideas, sin la acción, estarían incompletas. Y muchos de los buenos tenían ideas, pero les faltaba creerse que eran las más adecuadas, las mejores, porque una humildad congénita, les obligaba a pensar que siempre los demás les superaban.

Así que todos intuían que sí, que el convocante también debía de ser El Jefe, el que guiara el proyecto "**Bondad Global**", como había sido bautizado, y bajo su tutela. Ya tenían el nombre: ahora, sólo faltaba llenarlo de contenido, aunque no corriera prisa ninguna, ni fuera tan

relevante, ya que El Jefe sólo insistía en "la acción".

Lo primero de ella era nombrar a sus lugartenientes, sus hombres de confianza, los que comprendieran que sus ideas eran las buenas, las únicas buenas, y que no eran necesario rebatir sino sólo darlas a conocer entre sus subordinados, hombres buenos todos, acostumbrados a caminar por la vida sin desconfiar de nada porque, en ella, pues nada era del todo cierto, ni del todo falso. Pero ese vivir desnortado, se había acabado. Ahora sí que sabrían dónde estaba la verdad y de quién emanaba. Y comprenderían que estar en una duda constante nunca había sido bueno, ni les había ayudado en sus vidas.

Organizar el Nuevo Orden era lo urgente, una vez que ya tenían un título para él, así como unas jerarquías que se encargaran de hacerlo realidad y de darlo a conocer. Nada era obligatorio, excepto La Verdad, que se iría explicando poco a poco.

La idea era... darle la vuelta a "la normalidad". Deshacer lo que los seres humanos habían sido hasta ahora por..., por no se sabía muy bien por qué, pero seguro que la bondad estaba sólo postergada en cada uno de todos nosotros. "Sólo es cuestión de escarbar en todos los que no la habían sabido sacar a flote con la excusa de la supervivencia", animaba a sus colaboradores, El Jefe.

El fenómeno de "**Bondad Global**" llamó la atención de los medios por lo estrambóticas que eran sus intenciones en un mundo que nada tenía que ver con lo que predicaban pero, en su ingenuidad chocante, comenzaron a atraer a gente que sin pretender volverse buenos, ese sentimiento que nunca habían experimentado, les hacían gracia y trataban a sus apóstoles como a mascotas juguetonas, cachorritos adorables, inocentes... que aún no mordían gracias a unos dientes que no les habían terminado de crecer. Una moda, en la que todos querían tener uno. No sabían cómo serían de adultos, así que cuando esa fase llegara..., ya verían qué hacer con ellos.

"¡Ay..., mira qué ocurrente: acaba de decir que quieren repartir lo que tienen los ricos, entre los pobres...!, ¿no son deliciosos?", y la señora, con su bondadosa mascota suave y esponjosa entre sus brazos, la mostraba toda feliz con ella, a las visitas.

La gente normal, sin reparar en esas graciosas ocurrencias, se apuntaban al fenómeno que quería poner el mundo en orden, por un esnobismo de nuevos ricos que las clases menos pudientes también imitaban. Y los afiliados, crecían.

"¿Para qué es esta cola?", preguntaba el último cuando llegaba a la fila de enganche que comenzaba en una mesa improvisada en cualquier calle, donde la hornada de recién ilusionados iban entregando sus datos personales, su número de cuenta bancaria, una foto tamaño carnet..., y lo

que buenamente podían, en efectivo. A cambio, recibían una tarjeta de plástico con esos datos allí impresos, foto incluida y, cuando se iban con ese título de afiliado en la mano, la mostraban orgullosos a los que estaban aún en la fila, que lo veían pasar envidiándole y temiendo que no fuera a llegarles a ellos porque se hubiera alcanzado ya, el cupo necesario de adeptos. Afortunadamente para todos, ese temor era infundado.

De momento, y a pesar de tanta expectación sobre el fenómeno "**Bondad Global**", todo seguía como estaba. Le gente normal, no se notaba ningún cambio aunque no se separasen del carnet de afiliado. Pero en los bares, y mientras se tomaban sus cafés, lo sacaban de sus carteras para que sus amigos vieran que también ellos estaban en la onda contribuyendo al cambio que esperaban reconocerlo primero, en los demás. Tampoco nada se podía hacer en sólo dos días, claro.

De vez en cuando, y a medida que las elecciones se acercaban, se organizaban comidas de hermandad, de confraternización, de camaradería; se cantaban canciones a las ventajas que tenía el ser buenos, cuyo número crecería hasta ir arrinconando a los egoístas irreductibles que ni siquiera un carnet del movimiento ése se habrían sacado, ni por bien quedar.

A veces, y sin que se le esperase, aparecía El Jefe en alguna de esas celebraciones espontáneas, y todos se levantaban de sus asientos olvidándose de lo que estaban comiendo y lo buscaban entre la multitud que le rodeaba, le aplaudía, y se miraban unos a otros con una sonrisa de felicidad irreprimible porque se sentían todos en comunión. Allí, ya no eran individuos sino que formaban parte de un todo, ilusionado e ilusionante.

Y llegada la noche, cuando ya todos estaban en sus casas, metidos en sus camas..., se notaban como transfigurados. Contemplaban su carnet que tenía un número diferente del de la esposa, del de su hijo, su vecino o su compañero de trabajo. Era..., su número: algo que nunca nadie le podría arrebatarse, ni que tendría que compartir con otros. El único reducto de egoísmo que quedaría cuando todo el mundo hubiera abrazado el Nuevo Orden que se avecinaba como un rodillo de inapelable justicia.

Los días pasaban y, El Jefe, era llamado a todas las televisiones que no serían nadie si él no estaba en ellas dando opiniones, explicando a dónde quería llegar que, a la postre, "sólo sería a donde quisiera llegar nuestra sociedad", sostenía con humildad, pero bajo su impulso y dirección. Y el fenómeno "**Bondad Global**", sí parecía tener un sentido universal por cuanto venían también las televisiones de medio mundo, interesándose por cómo era el ideólogo de ese proyecto que estaba contagiándose en otros países como una marea que seguía teniendo sólo el nombre, ya que

el proyecto aún estaba en gestación.

Muchas personas, anticipándose al cambio que se iba a producir y que sólo era imaginado por rumores, comenzaban a ser buenos y se entrenaban para cuando ya el serlo no fuera algo voluntario, sino obligatorio.

Porque no tenía sentido cohesionador el que unos fueran buenos y, otros, siguieran siendo normales. Y dicho de esa manera en las tertulias de El Jefe o de sus apóstoles, tenía su lógica. Así que muchas cosas tendrían que cambiar si alcanzaba el triunfo que las encuestas le daban, aunque no fuera una labor a corto plazo. Miles de años de normalidad, no se modificaban de la noche a la mañana. Ni todos abrazarían la idea de mil amores siendo que las ventajas de ser bueno no estaban muy claras, excepto lo conveniente de acomodarse a los nuevos tiempos que se les venían encima.

"Pero..., exactamente... ¿en qué consistirá el cambio, y cómo se realizará éste?", preguntaba un periodista que intentaba que le aclarase de una vez por todas, su proyecto.

"Todavía es sólo un esquema que está siendo estudiado en todos sus pormenores por nuestro Consejo de Sabios, para no dejar cabos sueltos", decía El Jefe quien, sin dar nueva oportunidad de preguntar a ese periodista, ya señalaba al siguiente de entre los muchos que levantaban los brazos, deseosos de obtener de él un titular mágico para el medio en el que trabajaban.

La verdad reservada a unos pocos..., cuesta de obtener. Y aquél grupo de periodistas no era distinto a los de las anteriores ruedas de prensa, de modo que volvían a sus redacciones con una serie de respuestas enigmáticas de donde ellos debían sacar sus propias conclusiones, exprimiendo alguna de las palabras de El Jefe, de sus gestos, o de sus silencios... que, seguro, estarían llenos de un contenido no al alcance ni comprensión de cualquiera.

Tras 15 días agotadores de mítines, debates, y visitas a los mercadillos, llegó el día de las elecciones. Los candidatos estaban exhaustos. Y los votantes..., también. Pero acudieron a las urnas a pesar de ello, y en un muy alto porcentaje: había ilusión. Los periodistas preguntaban a los que salían de los colegios sobre su voto, y una gran mayoría contestaban que lo habían hecho por "**Bondad Global**", añadiendo: "Total, por probar... tampoco se pierde nada".

"*Por probar..., tampoco se pierde nada*". Pero sí que se pierde cuando sólo "pruebas" porque has decidido no elegir, ni has meditado, ni has razonado, ni has sopesado las ventajas e inconvenientes de tu decisión, ni te has inclinado por lo mejor si eres de los optimistas..., o por lo menos

malo, si eres de los pesimistas. Así que sí que has perdido: has extraviado..., tu voluntad (*perdón...: ha sido un pronto reflexivo*).

Y tal como las empresas de demoscopia anunciaban tras sus encuestas, "**Bondad Global**" se llevó las elecciones con un 72% de los votos y el 81% de los escaños en la Cámara de Diputados. Ni ellos mismos se lo acababan de creer, a pesar de saber que se lo merecían.

Y en el balcón de su sede, apareció El Jefe para saludar a una multitud enardecida que gritaba: "iiiBondad, Global..., la vamos a liar...; Bondad, Global... la vamos a liar...!!!", en donde los buenos de toda la vida, o los nuevos buenos que eran mayoría frente al balcón, iban por fin a tomarse la revancha de tantos años de sufrir humillaciones por parte de los normales. La bondad se impondría en el país, arrinconando en el cajón de la historia antigua, al egoísmo. Eso es lo que se sabía que iba a pasar a partir de ahora. Faltaba de explicar, el cómo.

El nuevo gobierno se constituyó con todas las formalidades propias del traspaso de carteras entre ministros, mientras los presidentes entrante y saliente se deseaban lo mejor, y acierto en la toma de decisiones.

Los flashes de las cámaras de los fotógrafos se apagaron, y los reporteros se fueron retirando hacia sus editoras para idear titulares ingeniosos que llamaran la atención de los lectores. En las páginas interiores, los columnistas elucubraban sobre lo que iba a pasar a partir de ahora y las ventajas de ser buenos ciudadanos o, como poco, parecerlo para no desentonar con un ambiente repentinamente ilusionado con la bondad, aunque no se supiera exactamente qué significaba esa palabra que hasta hace poco, sólo se le aplicaba a una minoría incomprensible.

Los días pasaron, y el fervor del nuevo gobierno, acorazado con la mayoría aplastante en el Congreso, comenzó a aprobar sin apenas debates, las leyes que iban a regir en esta nueva sociedad basada toda en la justicia, la equidad, la solidaridad, y el altruismo.

La exigua oposición, atenzada por un complejo de ser el reducto de un egoísmo superado por la ciudadanía ("la gente"..., vamos), apenas ponía pegas a cada propuesta del gobierno porque cuando lo habían intentado al principio con ese instinto opositor que aún mantenían, grupos enfurecidos de buenos habían quemado algunas sedes de los partidos que formaban la bancada minoritaria, en protesta por no pensar ni en el bien común, ni en las clases desfavorecidas.

A partir de ahora, todo sería distinto. El carnicero, ya no ofrecía su mercancía por un afán de lucro, sino por favorecer a su cliente quien, ya puesto, pedía el chuletón de ternera de Ávila por puro patriotismo, en lugar de las salchichas de Frankfurt que, total..., todo era carne a fin de cuentas. Y al ser cualquier producto a un equitativo precio único pues,

para el carnicero, lo de sacar las cuentas era una tarea sencillísima. Se le veía feliz con ese giro dado a su negocio bajo las nuevas normas.

Una de ellas, y que estaba muy bien, era que se prohibieron esas caras largas típicas de los amargados que nunca estaban contentos con nada. No, ahora todo el mundo sonreía, y los municipales controlaban su cumplimiento aplicando a los recalcitrantes penas de una semana de trabajos para la comunidad, aunque enseguida se comprobó que esa medida coercitiva se quedaba corta, que habría que tomar otras más drásticas porque los amargados, los resentidos, eran altamente sospechosos de ser agentes infiltrados del antiguo régimen basado en ese individualismo egoísta al que se trataba de combatir.

Al principio, la gente participaba de buena gana en ese experimento sociológico machaconamente difundido por los medios de comunicación que se habían sumado todos al ilusionante proyecto porque el gobierno, o les premiaba su adhesión..., o castigaba su "actitud hostil", como era definido todo pensamiento disonante.

Pero la vida es mucho más compleja que la mera voluntad de transformarse en bueno con carnet, al que se habían acogido con el deseo de prosperar, de mejorar sus vidas, tener un sueldo fijo en algún Organismo Oficial en el que llegar a jubilarse, aunque fuera a costa de trabajar menos a cambio de un sueldo mayor.

Además, esa vida no llegaba más que a los que habían ascendido a la parte alta de la nueva sociedad en la que apenas nada estaba cambiando, aparte de aquellos enormes cartelones que colgaban en las avenidas principales con los retratos de El Jefe y su cohorte más allegada, y de los eslóganes en las que se invitaba al pueblo a la bondad, a la sonrisa perpetua, y a darlo todo a cambio de nada.

Así que poco a poco, la gente se iba volviendo más descarada y ante cualquier contrariedad, se les escapaba algún gruñido contenido o un insulto sólo entre dientes porque la policía seguía vigilando estos descarríos en los que, si eras pillado, podías ser enviado a campos de reeducación y trabajo. Sobre todo de trabajo que, para desalentar al egoísmo con el que entrabas allí, no era remunerado.

De este modo, la bondad se fue convirtiendo sólo en una máscara con la que conservar el estatus, o medrar para ascender. Y los buenos de toda la vida, los que habían creído que su rareza podría contagiarse a los demás creando nuevas leyes, modificando otras y hasta la Constitución misma en aras de un mundo mejor, comenzaron a exigir a los gobernantes que el cambio debía de hacerse, ya, sin más demoras, y que el mismo Gobierno debía de dar ejemplo de esa bondad que tanto habían predicado al

principio.

"Estamos en ello", les decían, explicándoles que tampoco se podía hacer el cambio en cuatro días, que había otras urgencias, otros impedimentos no tenidos en cuenta cuando se creó el proyecto, que se aprendía de los errores y que en demasiadas ocasiones, muchos remedios eran peores que la enfermedad misma por lo que, sin que supusiera ello una renuncia al propósito final, se deberían posponer algunos de los cambios que no fueran urgentes. Y casi ninguno era ya urgente.

Los buenos, lo tenían claro: este gobierno se había llenado de políticos prácticos, posibilistas, sin ilusión ni ambición al cambio, acomodados a su falta de imaginación para encontrar el camino.

De nuevo, como tantas veces en la Historia, a los que buscaron la fórmula para perfeccionar el mundo..., tarde o temprano les sobró su ingrediente principal: el ser humano. Y al proyecto "**Bondad Global**", le sucedió lo mismo.

El tiempo transcurrió y, como en las otras revoluciones habidas, también los padres de esta última terminaron devorados por unos hijos más prácticos, más... flexibles, y menos dogmáticos que aquellos buenos, los primigenios..., quienes acabaron estorbando convertidos en unos inútiles puristas, por su insistencia en los imposibles que con su revolución pretendían conseguir.

"Es cierto que algunas utopías ayudaron, aún contra todo pronóstico, a alcanzar determinada realidad cierta y positiva, sí; pero se ha llegado mucho más a buen puerto, mediante esa razón que nos ha conducido a lugares, a cosas, y a situaciones muy favorables para el ser humano, y que siempre parecieron quiméricas", reflexionaban los prácticos.

De modo que en poco tiempo, de todos aquellos que un día fueron modelo para El Jefe, ya no quedaba ninguno incluido en la Organización, condenados al olvido y a no ser unos referentes aunque sus retratos siguieran colgados en las paredes de todos los organismos oficiales, en colegios, o aparecieran en grupos escultóricos cagados de palomas en algún parque público, con gestos de señalar a lo lejos la meta extraviada.

Y, bueno..., una desidia, una relajación en las normas, la pérdida del miedo a los castigos por desprenderse de la máscara de la bondad..., hizo que cada vez más personas se animaran a recuperar su alegría de vivir, a ser más ellos mismos dejándose llevar por la nostalgia de los viejos tiempos cuando lo imperfecto no estaba tan mal visto, ni era obligatorio ser bueno.

El Régimen de "**Bondad Global**" que se descomponía por momentos, daba sus últimos coletazos mediante discursos grandilocuentes insistiendo

en que, un día, los buenos heredarían la Tierra y que las bajas pasiones que habían movido el mundo como un único combustible para lo bueno y lo malo, desaparecerían para dar paso..., a otra cosa distinta. Apoyando esta teoría, los Guardias de la Revolución, porras en alto, eran perseguidos por los manifestantes que invocaban un mundo peor..., pero normal.

Se asaltaron sedes de las ONG's más voluntariosas; oficinas bancarias que ayudaban en la compra de viviendas para los menesterosos; tiendas de gourmets con los alimentos más selectos financiadas por el Fondo Monetario Internacional..., y hasta las delegaciones del Inverso, que tampoco se libraron de los saqueos. Tantos años de bondad, no podía ser bueno.

El otoño se agotó y dio paso a un invierno ventoso que arrancó los cartelones con las caras de aquellos buenos caducados y las pancartas cargadas de consignas desinfladas, que acabaron rodando por las calles arrastrados por el viento frío entre la indiferencia de los viandantes que sólo iban a lo suyo.

Nuevamente, los abrigo de pieles que habían sido escondidos en los trasteros al inicio de los nuevos tiempos que se avecinaron, volvieron a enseñorearse por las calles principales como reafirmación de que los antiguos preceptos se habían puesto otra vez de moda, y que la normalidad había vuelto para quedarse, gustase o no.

El carnicero, volvió a hacerse unos líos enormes con las cuentas sobre los precios diferenciados por producto, ya que la ternera aquella de Ávila se había puesto por las nubes mientras que las salchichas, fueran de Frankfurt o no, regresaron a los precios bajos que tanto agradecían los pobres. Así que las largas filas para aquella ternera se redujeron, formándose ahora en la zona de las salchichas. Manías de los consumidores.

Poco a poco, todas las cosas iban volviendo a su ser. En los comercios, una algarabía de pitidos antirrobo volvían a oírse cuando las antiguas costumbres de la gente normal hacían saltar las alarmas porque a alguna clienta se le olvidaba de sacar del bolso el frasco de "Eau de Rochas" que había cogido para una sobrina. "Las prisas, ya se imaginará", se excusaba. Ahora, el dueño miraba a su mujer desafiante como queriéndole decir: "¿Y ahora..., qué, qué tienes que decir del aparatito?". Y ella, avergonzada por aquellos antiguos reproches suyos a un esposo con visión de futuro, bajaba la cabeza avergonzada y guardaba silencio. El marido, con mirada de triunfador y los pulgares metidos en las mangas de su chaleco, observaba la cola de los clientes que esperaban para pagar, desnudándoles a todos con sagacidad de perro antiguo, creyendo adivinar lo que cada uno intentaba sacar de extranjería. "Son..., como niños", pensó mientras acariciaba con su mano el aparatito que le ayudaba en esa tarea.

Si ese detector hubiera tenido rabo, seguro que lo hubiera agitado de agradecimiento, al sentir la mano blanda y fría de su dueño.

(A modo de epílogo, modelo "Todo a 100": Los científicos, con sus métodos racionalistas, van modificando su pensamiento adaptándolo a las nuevas realidades que van descubriendo. En cambio, los utópicos, pretenden lo contrario: que sea la realidad la que se adapte a la que ellos anhelan, anulando a la que no aceptan. Tarde o temprano, la realidad buena acaba volviendo a su cauce, como el agua en una tormenta. Pero entre tanto, un precio muy alto se habrá pagado por querer imponer un imposible, así como para eliminarlo posteriormente)

F I N